

en la posguerra, las condenas penitenciarias y las expulsiones del Ejército, así como otras formas de represión que sufrieron los militares republicanos, entre las que destacan los juicios por responsabilidades políticas o por la represión específica de la masonería. En el caso de los militares que pasaron a engrosar las filas de exiliados, Navajas repasa las trayectorias personales de cada uno de ellos. En este trabajo, inevitablemente, se pasa de un contenido analítico a una descripción suficientemente pormenorizada de la situación personal en que quedaron los jefes profesionales o de milicias más destacados, sin olvidar, sin embargo, las funciones que desempeñaron los militares que formaron parte del Gobierno de la República en el exilio. En esta misma línea, el autor atiende los casos de aquellos militares que decidieron volver a España durante el franquismo o en el periodo democrático, considerando que aún no se ha solucionado el problema de las reparaciones y afirmando que la amnistía militar se convirtió en la asignatura pendiente de la democracia.

Parte del interés que reviste este texto se encuentra en dos aspectos: en primer lugar, la originalidad de analizar el republicanismo dentro del Ejército como un todo único durante los dos últimos siglos, en una primera parte manifiestamente analítica en la que se repasan las grandes cuestiones de la historia militar de nuestro país hasta la finalización de la guerra civil, concluyendo la existencia de un movimiento no interrelacionado entre los dos periodos republicanos, que se expresó a través de dos grandes «brotes» en la historia de España, sin solución de continuidad y a pesar de las posibles apariencias de similitud; y en segundo lugar, un trabajo de síntesis descriptiva de una buena parte de las trayectorias personales y profesionales de todos aquellos militares que se vieron severamente perjudicados por su condición de leales a la República, lo que los convertía en rebeldes para el régimen nacido precisamente de una sublevación militar.

Manuela Aroca Mohedano

DANIEL LANERO TÁBOAS

Historia dun ermo asociativo. Labregos, sindicatos verticais e políticas agrarias en Galicia baixo o franquismo

A Coruña, Tresctres, 2011, 589 pp.

Durante la tensa primavera de 1943, el jefe provincial de FET-JONS de A Coruña aprovechaba el proceso de constitución de las Hermandades de Labradores y Ganaderos para desarrollar una serie de actos de afirmación nacional-sindicalista en el agro. Betanzos o Pontedeume fueron algunos de los municipios a los que se desplazó la mayor parte de los mandos provinciales de la CNS, con el fin de «*vencer el eterno recelo e individualismo que es característica principal en el campesinado gallego en general y en particular del de esta provincia*». La cita es sólo un ejemplo de un juicio recurrente. Calificativos como «individualismo», «apatía», «recelo» poblarán los informes sobre el campesinado no sólo coruñés, sino también lucense o pontevedrés. El supuesto individualismo, y desinterés asociativo era tipificado como un rasgo innato, y por ende atemporal, del campesinado gallego y ayudaba a entender no sólo el fracaso de FET-JONS, y sus diferentes delegaciones, para penetrar en Galicia, sino también sus dificultades a la hora de implementar las políticas de control de precios y abastecimientos.

No obstante, durante los últimos años, la historiografía, en general, y muy especialmente el grupo de investigación de la Universidad de Santiago de Compostela, HISTAGRA, ha puesto en tela de juicio la supuestamente «innata» desidia asociativa del campesinado gallego. Más aún, ha defendido que aunque el enorme despliegue represivo puesto en marcha por la dictadura no fue su causante sí acrecentó un comportamiento que, de existir, estuvo ligado a otros factores sociales, y por ende, históricos. Así, autores como Lourenzo Fernández Prieto o Antonio Míguez han estudiado no sólo el asociacionismo y repertorios de protesta de los

movimientos sociales en la Galicia del primer tercio de siglo XX sino, también, la saña desplegada por el régimen franquista a la hora de destruir cualquier signo de entramado asociativo contestatario. Un asociacionismo que, como ha mostrado Miguel Cabo, no sólo existió en las ciudades sino también en el campo teniendo una importancia nada desdeñable a la hora de construir prácticas y usos cívicos y, sobre todo, de la renovación productiva y eficiencia de las explotaciones agropecuarias. Formas y prácticas de sociabilidad proscritas por la dictadura que, no obstante, están en parte presentes en algunas de las manifestaciones de resistencia civil desarrolladas por el campesinado gallego durante los años cuarenta y cincuenta.

Historia dun ermo asociativo. Labregos, sindicatos verticais e políticas agrarias en Galicia baixo o franquismo se inserta de lleno en estos debates y horizontes, si bien los contempla bajo otro prisma. Daniel Lanero se pregunta sobre la capacidad de la dictadura franquista para crear espacios de adhesión y/o conformidad a partir del análisis de la acción política de las Hermandades de Labradores y Ganaderos en Galicia durante las cuatro décadas que duró la dictadura. Una propuesta muy pertinente por tres razones. La primera es que amplía, y complementa el análisis realizado por Ana Cabana sobre los apoyos sociales, fundamentalmente los no institucionalizados, de la dictadura en Galicia. La segunda consiste en que se inserta en dos de los debates más fecundos de la historiografía internacional sobre las dictaduras de entreguerras y que, como ha puesto de manifiesto recientemente, el autor conoce perfectamente: el del encuadramiento del campesinado y el desarrollo de políticas fascistas en el agro europeo y el de las actitudes sociales de la población en las dictaduras fascistas y fascistizadas. La tercera es que, a pesar de las tremendas dificultades con que lidió, cualquier institución que se mantenga durante cuatro décadas y que asuma el control, o parte del control, de cuestiones tan importantes como el reparto y distribución de semillas,

abonos o pesticidas, o de los débiles sistemas de previsión social y de salud tuvo que conseguir, por fuerza, algún éxito proselitista en el mundo rural. Un calado que, por otra parte, las propias investigaciones de Daniel Lanero o Alba Díaz-Geada, sobre los años sesenta y setenta en el campo gallego han constatado.

Todas estas apreciaciones justifican, sobradamente, la realización de una tesis doctoral sobre las Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos, y su ulterior publicación. Máxime cuando las Hermandades no son, a pesar de algunas excepciones puntuales, las instituciones mejor conocidas por la historiografía sobre el franquismo. Una situación más grave, si cabe, para los años cincuenta —que el autor afronta de manera valiente, elegante y comparativa— o incluso para los sesenta y setenta —en donde se puede apoyar en más bibliografía y documentación—. El trabajo es, también, una nueva mirada sobre una institución falangista que, últimamente, vuelve a cobrar protagonismo entre los especialistas: el Sindicato Vertical. Si, gracias a Francisco Bernal o Álex Amaya, contamos con nuevos relatos sobre las competencias, dificultades, propaganda y funcionamiento real de la CNS en los años cuarenta y sesenta; Daniel Lanero nos dibuja esta institución a lo largo de toda la dictadura pero, perfilándola, desde una esquina marginal de su enorme aparato burocrático. El resultado es revelador e ilustrativo del peso real del campo, y el campesinado, entre los dirigentes falangistas y franquistas. Algo que se refleja, perfectamente, en el quinto capítulo.

Historia dun ermo asociativo es, en definitiva, un enorme trabajo. Enorme por su volumen —585 páginas agrupadas en tres grandes bloques en los que se distribuyen sus once capítulos—, por la gran ambición de sus objetivos —que, no obstante, se van cumpliendo con la paciencia y humildad propias de un artesano de la historia—, por la infatigable consulta de, probablemente, toda la documentación y bibliografía disponible y, finalmente, por el uso, continuo, de diferentes

escalas y lentes que nos llevan de la realidad local más minúscula a la europea –pasando por la escala provincial, regional y estatal.

Un libro, no obstante, que no es de fácil lectura –al menos para los que no sean especialistas–. Esta dificultad se agrava por una edición a primera vista atractiva, pero que obliga, continuamente, a buscar las gráficas, cuadros y referencias bibliográficas al final de cada capítulo. Por otro lado, la virtud de documentar, o apoyar en bibliografía, la mayor parte de afirmaciones sostenidas en el texto lo convierten, en algunos pasajes, en algo denso y farragoso.

La mayor virtud de la obra tiene mucho que ver con la cita de Albert Einstein que abre el libro: *Lo más importante es no dejar de hacer(se) preguntas*. Daniel Lanero no ofrece respuestas fuertes sobre la capacidad de las Hermandades para generar apoyos, o si éstas supusieron la erradicación radical de hábitos políticos previos, sino que sus respuestas siempre son muy concretas y matizadas, exponiendo aquellas políticas que permitieron ganarse el apoyo de sectores concretos –como la Obra Sindical de Previsión Social o la 18 de julio–, describiendo aquellos aspectos de las Hermandades que más apreciaba, pero también los que detestaba o contemplaba con frialdad el campesinado gallego. Un ejemplo evidente eran las obras e infraestructuras promovidas por las Hermandades que, *de facto*, suponían la autoexplotación de la mano de obra campesina de los municipios. Evidentemente, esas mejoras eran útiles para la comunidad, pero también era notorio que el esfuerzo recaía sobre los labriegos que, al tiempo, veían cómo la propaganda franquista, y los notables locales, se atribuían todo el éxito. Algo que, como ha mostrado Sharon Roseman, todavía recuerdan en la actualidad, adjudicando diferentes valores y connotaciones a las obras y su construcción.

Algo similar ocurre con la defensa de la tesis de la ruptura del personal político que dirimió los asuntos en el campo con respecto al de épo-

cas precedentes. Si bien el autor defiende esta tesis general, ello no es óbice para que explique diferentes casos en los que los viejos políticos siguieron teniendo peso –como el caso del sacerdote Leandro del Río Carnota–, o en los que persistían las influencias y prácticas políticas antiguas –como Antonio Puig Gaité que vio pasar a todos los gobernadores civiles que la dictadura destinó a Pontevedra mientras manejaba «os fíos da política pontevedresa dende a rebotica da farmacia da súa familia na capital» (p. 298). Lanero no abandona ahí el análisis, sino que también explica cómo determinados puestos en las Hermandades, como el de secretario, permitió que algunos de ellos construyeran tupidas redes clientelares gracias al control de la obra de Previsión Social. Los fuertes lazos personales pacientemente construidos durante el franquismo facilitaron el ascenso social de algunos «avispados» bien en la política durante la Transición a la democracia o bien en empresas y entidades bancarias ligadas al sector agroalimentario (pp. 351-360).

Dado el tamaño y enjundia del trabajo, en sus páginas se encuentran muchas más tesis y debates que merecería la pena reseñar y discutir –el referido al valor concedido a prácticas como el estraperlo, el de las relaciones establecidas entre técnicos (ingenieros) y políticos (sindicalistas) en el desarrollo de la política agraria o el del impacto de la política de colonización– pero, de hacerlo, esta crítica excedería su carácter informativo y escueto. En cualquier caso, sí merece la pena volver a subrayar el valor de una obra llamada a convertirse en una cita obligada de los trabajos venideros sobre la dictadura franquista.

Óscar Rodríguez Barreira